

Selección del autor

raúl rodríguez freire
Pontificia Universidad Católica de Valparaíso en Chile

La condición intelectual. Informe para una academia.
Mimesis, Santiago de Chile, 2018.

I

① toda condición intelectual se constituye como condición im/productiva; el saber no se trata en las universidades sino fabrilmente (*fabrikenmäßig* escribió Kant), lo que hace del académico un trabajador determinado por la división laboral que emerge con y para la acumulación de capital. Nada de torres de marfil ni de bibliotecas alojadas en amurallados castillos. Entonces como hoy, un simple trabajador. Modernamente, en el "centro" o en la "periferia", el saber se estructuró, siempre falogocéntricamente, en función de la equivalencia general y la universidad en la que trabajamos devela sin ambages su subsunción al proceso de valorización (patriarcal). A partir del disciplinamiento fabril que se ejerce mediante el control del "tiempo de trabajo socialmente necesario", control que la noción de crédito académico ya había adelantado, la forma neoextractivista de la universidad neoliberal ha impuesto la metrología como dispositivo exclusivo para la valorización de nuestro trabajo, lo que no es otra cosa que la valorización de nuestro aporte a la producción de plusvalía, razón por la cual los indicadores relativos a la productividad académica (reducida a la cuantificación de publicaciones, al *fast paper*) se han transformado en la vía exclusiva para conseguir becas, fondos para viajes o proyectos, crear o modificar programas, lograr ascensos, o simplemente tener un trabajo (precario o no) en alguna universidad. Producimos

6.-

para grupos editoriales que publican libros que a priori no están pensados más que como negocio y/o para los grupos que controlan las revistas en las que de manera "voluntaria" publicamos (y para las cuales además trabajamos gratis, evaluando), como Elsevier (que en 2016 facturó más de 2600 millones de euros, con un margen de beneficios cercano al 40%) y Clarivate Analytics (antes Thomson Reuters). La lógica de ambas empresas consiste en generar "clientes cautivos" (los Estados), que prácticamente obligan a las universidades a comprar sus productos (libros, artículos, indicadores, etc.), bajo el supuesto de la excelencia que entrega la "rigurosidad" con la que operan, a la vez que se "incentiva" a las y los académicos a publicar en estas y solo en estas editoriales y revistas, a cambio de tener la posibilidad de competir por los fondos (públicos o privados) que financiarán los artículos que volveremos a publicar en estas y solo en estas revistas y editoriales. Hemos entrado a una burbuja de la que no será simple escapar si continúa inflándose (si continuamos inflándola). Además, puede reventar con desastrosas consecuencias. Así que cada vez más nos asemejamos al "literato proletario de Leipzig, que produce libros -por ejemplo compendios de economía política [o ensayos sobre la condición intelectual]- por encargo de su librero [Elsevier, Clarivate, Routledge, Palgrave Macmillan, Blackwell, etc., etc.]", con lo cual nos hemos convertido, siguiendo al Marx del ahora famoso inédito capítulo VI, en "un trabajador productivo, por cuanto su [nuestra] producción está subsumida en el capital y no se lleva a cabo sino para valorizarlo". Bajo el dominio del neoliberalismo, se ha implantando una cultura de la auditoría que en la práctica (piénsese en las acreditaciones y sus

Esta "rigurosidad" recientemente ha sido puesta en duda gracias a una investigación realizada por Marc A. Edwards y Siddhartha Roy, en la que demuestran que los incentivos (que llaman perversos) generan un clima altamente competitivo que aumenta las posibilidades de un comportamiento anti-ético. Y si ello ocurre, afirman, "si una masa crítica de científicos se vuelve indigna de confianza, es posible que la propia empresa científica se vuelva intrínsecamente corrupta y se pierda la confianza pública, arriesgando una nueva era oscura con devastadoras consecuencias para la humanidad".

informes de autoevaluación, en los convenios de desempeño, en la evaluación de pares, en los referatos, etc., etc., etc.) ha significado el retorno "renovado" de un espíritu burocrático neotaylorista que no ha hecho sino disciplinar y controlar el trabajo intelectual, cuando no reducirlo a mera transmisión de competencias flexibles *ad hoc* a los requerimientos del mercado, competencias que son incompatibles con el pensamiento crítico que toda universidad dice fomentar, porque la crítica (el saber en general) no es una competencia que simplemente se enseñe en LIT XXX y luego se "aplique"; como tampoco el saber es cuantificable, ni factible de reducir al famoso **índice h**. El saber es

Fórmula de Jorge Hirsch: "Un científico tiene índice h si el h de sus Np trabajos recibe al menos h citas cada uno, y los otros (Np - h) trabajos tienen como máximo h citas cada uno".

incommensurable y por ello es que se lo intenta disciplinar a la fuerza, haciendo caso omiso de la Ley de Goodhart: "Cualquier regularidad estadística o indicador adoptado tenderá a desplomarse una vez que se presione para utilizarlo con propósitos de control". Esta burocracia constituye la encarnación de una lógica empresarial que ha reafirmado el lugar

del académico como el lugar de un trabajador inmerso en los procesos de acumulación, lo cual, por cierto, no debiera generar mayores problemas. Por el contrario, debiera permitir la discusión abierta y detenida sobre qué implica el trabajo y el trabajo intelectual en particular, centrado históricamente en la figura del hombre, así como las condiciones (materiales) en que realizamos ese trabajo —dejando de lado el eufemismo del trabajo cognitivo, que tiende a invisibilizar su lado material, por lo general anclado en el llamado "tercer mundo", mundo precario y móvil que se encuentra tanto en São Paulo, Dacca o Naipyidó, como en New York, París o Madrid. De manera que el problema pareciera surgir tan pronto como nos damos cuenta que la cultura de la auditoría nos lleva, más que a vernos como trabajadoras y trabajadores, a asumir nuestras actividades de manera empresarial y a nuestro nombre como una marca que debemos promocionar en el mercado (ya no

solo académico). De esta manera cada colega deviene automáticamente nuestra competencia, cuando no lisa y llanamente nuestra enemiga o enemigo. Trabajador o empresario, he ahí el dilema del intelectual, dentro y fuera de la universidad. Algunos se ven como académicos, pero operan como empresarios. Otros se ven como capitalistas, pero la precarización les recuerda su puesto en la cadena de producción. Se dice que estos cambios no tienen otro fin que el desarrollo exponencial de uno mismo. Pero como muy bien vio Marx, bajo el capitalismo, nuestra autorrealización es nuestra derrota.

en el mundo moderno la información es mucho más portátil que antes. Y la gente también. Ergo, ya no es necesario guardar la información en un edificio, ni mantener a los mejores alumnos encerrados en un campus. Hay tres cosas que han provocado una revolución en la vida académica durante los últimos veinte años, aunque muy pocos se hayan dado cuenta: los viajes en reactor, los teléfonos de marcado directo y la fotocopidora. Hoy en día, los sabios no han de trabajar en la misma institución

para intercambiar sus impresiones, pues se llaman unos a otros o se encuentran en los congresos internacionales. Y ya no han de buscar los datos en los estantes de las bibliotecas, pues todo artículo o libro que les parece interesante lo hacen fotocopiar y lo leen en casa. O en el avión que les lleva al siguiente congreso. Yo trabajo sobre todo en casa o en los aviones, últimamente. Rara vez entro en la universidad [...]. Mientras tenga usted acceso a un teléfono, a una fotocopidora y a un fondo de ayuda para seminarios y congresos, estará perfectamente, estará enchufado en la única universidad que en realidad importa: el campus global [...]. Los tiempos del campus individual, estático, han terminado.

David Lodge, *El mundo es un pañuelo* [1984].

II

⑦ bajo este escenario, para quienes nos sustantivamos como intelectuales, y nos adjetivamos además de críticos, quizá sea prudente entrever antes que las formas en que apoyamos a la "liberación", los modos en que contribuimos a la servidumbre, por lo general de manera voluntaria. Quizá sea prudente, creo, suspender, así sea momentáneamente, adjetivos y sustantivos, para darle relevancia al adverbio, pues sin preguntarnos por el cómo, por la forma o las formas, es posible adherir e incluso levantar una vanguardia categorial o seguir la "tendencia teórica correcta", sin dejar por ello de abastecer el modo capitalista de producción académica. El interés por lo que se podría llamar política del adverbio estriba en una inquietud que arrastro, a decir verdad, desde hace varios años. Si se cuenta en "nuestras" filas con nombres como los de Marx, Darwin y Freud, o como los de Beauvoir, C.R.L. James, Adorno, Arendt, Fanon, Marcuse, Millett, Foucault, Derrida, Kristeva, Hall y un largo etcétera, no me explico cómo entonces nos encontramos habitando un mundo en el que el racismo, la misoginia y la desigualdad radical, por nombrar algunas de las preocupaciones de un intelectual crítico, dominan. Es más, pareciera que incluso con la (supuesta) distancia crítica —esgrimida como un valor clave por la modernidad— el intelectual estaba más cerca del proletariado de lo que hoy, cuando dicha distancia ha desaparecido, lo están (lo estamos) los

académicos, "impotentes para toda distanciación", al decir de Fredric Jameson, y, por tanto, más preocupados de cómo hacerse (hacernos) un lugar en el mercado académico —comercializando incluso subalternidades varias—, que de producir un lugar efectivo para una crítica que contribuya a la democracia por venir. Como sociedad, llegamos al siglo XXI muy pobres en términos de libertades, pero como intelectuales, como intelectuales somos enormemente "privilegiados" si nos comparamos con un Marx en Londres o con un Benjamin en Ibiza, para no mencionar a Gramsci. Pero no todos somos "privilegiados"... lo que para unos (pocos) es privilegio, esto es, la planta (el contrato indefinido), para otros (la mayoría) la precarización es la norma, situación que favorece la explotación y el abuso por parte de universidades e intelectuales y/o académicos ya "consagrados". Interesa entonces esbozar una posible respuesta al problema de la condición intelectual, condición que para este breve ensayo consideraremos a partir de su variante académica, suponiendo que en la Universidad por lo menos una huella de lo que reconocemos como intelectual aún sobrevive, así sea de manera espectral. Y para ello recurriremos a Benjamin, una vez más a Benjamin, porque este ensayo pretende modestamente ser una relectura, desde la condición académica que nos (me) atraviesa, de "El autor como productor" (*Der Autor als Produzent*), teniendo en cuenta, como diría Bolívar Echeverría, que la "falta de actualidad de" su "conferencia parece evidente. Se trata de una exposición dirigida a escritores, artistas e intelectuales a quienes, por lo que se desprende de la lectura, parece importarles grandemente el pertenecer o no al bando de la izquierda, el ser o no considerados 'revolucionarios'; una especie de interlocutores que no existe ya o de la que quedan solo unos cuantos ejemplares dispersos, afectados por los estragos de la extemporaneidad y el aislamiento". Allí, entre tantas cosas que intentaremos reinscribir en o sobre nuestra contemporaneidad, Benjamin rechaza el *Aktivismus* de la logocracia (*Logokratie*) esto es, el "gobierno del espíritu", también traducido como "gobierno de los intelectuales". Kurt Hiller,

su principal teórico, "formula", dice Benjamin, una "crítica de los dirigentes de los partidos", y aunque dice reconocer su sapiencia, así como la cercanía que mantienen con el pueblo, "está seguro de una cosa: [esos dirigentes, que no intelectuales] 'piensan más defectuosamente'". Seamos sinceros: como intelectuales, creemos tener siempre, o casi siempre, la razón. Para eso estudiamos o nos formamos, para eso leemos. Nuestro juicio es (supuestamente) el más informado y argumentado, el más certero e infalible y en concordancia actuamos. Y cuando no lo es, tratamos de que no se note. Aunque hay también, por cierto, algunas y algunos que lisa y llanamente, creyéndose poseedoras o poseedores de la razón (o de la verdad) absoluta y/o herederos de una supuesta modernidad "todavía" inconclusa, llegan a performar de manera violenta una defensa de la teoría crítica o una crítica de cierta teoría —ya sea en nombre del neoarielismo o de su denostación—, negando o difamando todo aquello que no calza con su erudita, pero limitada, imaginación política, anclada, a fin de cuentas, en el locus universitario que dicen contestar. Por eso Benjamin afirma que es "probable que Hiller tenga mucha razón, pero ¿de qué sirve eso si desde el punto de vista político lo decisivo no es en absoluto el pensamiento privado, sino (como Brecht dijo una vez) el arte de pensar en la cabeza de otras personas?". Y si a ello agregamos que como intelectuales, como intelectuales críticos o radicales por supuesto, buscamos un "lugar junto al proletariado", o buscamos, como diría José Martí, "desestancar al indio" e "ir haciendo lado al negro", uno de los tantos nombres de la afamada categoría de "subalterno/a", entonces estamos transformándonos en "un mecenas en lo ideológico", pero ello implica "un lugar imposible", como sentencia Benjamin, que si tiene razón, ha sido la soberbia y el narcisismo más que la apertura al otro o la "solidaridad" con los subalternos y oprimidos lo que ha enterrado a la teoría crítica, distanciándola de quienes supuestamente pretende "liberar". Y de paso, ha permitido la posibilidad para que, muchas veces desde las mismas universidades, emerja un clima anti-in-

telectual y en particular antiteórico, que ha hecho de la transparencia un valor. Pero en este escenario, infausto y turbador, la teoría debe ser una de las estrategias del pensamiento que no arredra, que no se rinde ante "el signo de los tiempos", ese signo sobredeterminado por las "ventajas" que ofrece la legibilidad requerida por un mercado axiomatizador que, en nombre del público y de lo público, solicita "hacerse entender". Por eso vale la pena preguntarse para qué y de qué manera escribimos, pregunta que adquiere una relevancia política de primer orden ahora que las humanidades están literalmente siendo obligadas a clausurar el deseo que las mueve en nombre de la claridad y la aplicabilidad, esto es, de la comunicabilidad. Hasta tal punto está codificada la escritura académica que hemos olvidado que el éxito de una investigación, sobre todo si es textual, "no depende", al decir de Barthes, "de su 'resultado', noción falaz, sino de la naturaleza reflexiva de su enunciación". De ahí que la forma ensayo adquiera una relevancia clave para el trabajo del pensamiento, para la condición intelectual, al resistirse a un tipo de escritura que niega la imaginación teórica y crítica al imponer como requisito una forma fija y repetitiva. Cualquier *paper* repite tres o cuatro veces las "ideas" principales, y las famosas palabras clave, junto al respectivo resumen (en inglés y español), condicionan la lectura como el peor de los paratextos, haciendo de la escritura un producto de rápida recepción y consumo (el saber no necesita *abstracts* ni *keywords*: Elsevier y Clarivate sí). Pero lo cierto es que ello tampoco es así. Asit K. Biswas y Julian Kirchherr publicaron hace poco un estudio en el diario virtual *For The Straits Times*, donde señalaban que, para el caso de las humanidades, el 82% de los artículos publicados en revistas con referato externo (*peer-reviewed*) jamás son citados (aunque seguramente abundan las autocitas). Entonces ¿para quién se está escribiendo? Si se es complaciente con lo que Marchant llamaba la interpretación técnica del pensar la respuesta no es muy difícil de encontrar: para las empresas que lucran con sus bases de datos, que venden a precios exor-

bitantes a las universidades donde nosotros mismos trabajamos. Pero, ¿por qué los Estados nos obligan a publicar solo en determinadas revistas indexadas? El acceso libre de Scielo es importante, porque se distancia en términos de acceso de Jstor, Muse y otras empresas, pero su formato es el mismo de Elsevier y Clarivate. Por otra parte, las noticias sobre fraudes intelectuales (a los que cada vez estamos más acostumbrados), publicados en revistas de prestigio como *Nature* y *Science* o por académicos y estudiantes de universidades tan prestigiosas como Harvard, han mostrado de manera fehaciente que la evaluación ciega de pares no entrega ninguna garantía para que una revista sea considerada rigurosa o de "calidad". Es más, luego de la aceptación de un *paper*, algunas de estas revistas instan, de manera subrepticia, a que se citen artículos en ellas ya publicados para aumentar así su índice h. Así como un ensayo no necesita ancilarmente de palabras claves ni de resúmenes, una buena revista no necesita de referato externo, sino de una clara política editorial. Pero la indexación no se lleva bien con la política, lo suyo es la *pa(u)perización* del saber. En América Latina, las revistas tuvieron un rol central en el desarrollo del trabajo intelectual y su pérdida a manos de la indexación debe lamentarse. Habría que recuperarlas.

raúl rodríguez freire

Doctor en Literatura y profesor de la Pontificia Universidad Católica de Valparaíso en Chile. Dentro de sus áreas de interés y estudio se encuentran la narrativa latinoamericana contemporánea, la teoría y crítica literaria, los estudios culturales y las transformaciones universitarias. Entre sus publicaciones se encuentran: la compilación “La (re)vuelta de los Estudios Subalternos: una cartografía a (des)tiempo” (2011, 2013); la edición de “Gestión, evaluación y riesgo. Para una crítica del gobierno del presente” (2014) y la coedición de “Descampado”. Entre sus muchas publicaciones destacan: *La (re)vuelta de los Estudios Subalternos: una cartografía a (des)tiempo* (2011, 2013), “Fuera de quicio”. *Bolaño en el tiempo de sus espectros* (2012), así como la traducción y el prólogo a *Erich Auerbach y Walter Benjamin. Correspondencia* (2014, 2015).